

CAPITULO V.

En el que cuenta Periquillo la bonanza que tuvo; el paradero de
 escribano Chanfalán; su reincidencia con Luisa, y otras cosas
 nada ingratas á la curiosidad de los lectores.

Salí pues, de la casa del trapiento, medio confuso y avergonzado sin acabar de persuadirme cómo podía haber una alma tan grande debajo de un exterior tan indecente; pero lo había visto por mis ojos, y por mas que repugnara á mi ninguna filosofía, no podía negar su posibilidad.

Así pues, acordándome del trapiento y de mi amigo Don Antonio, me anduve de calle en calle sin sombrero, sin chupa y sin blanca, que era lo peor de todo.

Ya á las once del día no veía yo de hambre, y para mas atormentar mi necesidad tuve que pasar por la Alcaicería, donde saben ydes. que hay tantas almuercerías, y como los bocaditos están en las puertas provocando con sus olores el apetito, mi ansioso estómago piaba por soplar-se un par de platos de tlemolillo con su pilon de tostaditas fritas; y así hambriento, goloso y desesperado me entré en un truquito indecente que estaba en la misma calle, en el que había juego de pillage. Hablaré claro, era un «arrastradito» como aquel donde me metió Januarío.

Entréme, como digo, y despues de colocado en la rueda, me quité el chaleco y comencé á tratar de venderlo, lo que no me costó mucho trabajo, en virtud de que estaba bueno y lo dí en la friolera de seis reales.

De ellos rehundí dos en un zapato para almorzar, y me puse á jugar los otros cuatro; pero con tal cuidado, conducta y fortuna, que dentro de dos horas ya tenia de ganancia seis pesos, que en aquellas circunstancias y en aquel jueguito me parecieron seiscientos. No aguardé más, sino que fingiendo que salia á desaguar, tomé el camino del bodegon mas que de paso.

Me metí en él oliendo y atisbando las cazuelas con más diligencia que un perro. Pedí de almorzar, y me embaulé cinco ó seis platitos con su correspondiente pulque y frijolillos; y ya satisfecho

mi apetito me marché otra vez para el truco con designio de comprar un sombrero, que lo conseguí fácilmente y á poco precio; por señas de que no logré de esta aventura otra cosa que almorzar y tener sombrero, pues todo cuanto les había ganado lo perdí con la misma facilidad que lo había adquirido. De suerte que no tuve más gusto que calentar el dinero, porque bien hecha la cuenta y á buen componer salt á mano: pues el sombrero me costó dos reales, y cuatro que gastaría en almuerzo y cigarros fueron los seis reales en que vendí mi chaleco. Esto es lo que regularmente sucede á los jugadores: sueñan que ganan y al fin de cuentas no son sino unos depositarios del dinero de los otros, y esto es cuando salen bien, que las más veces vuelven la ganancia con rédito.

A consecuencia de haberme quedado sin medio real, me quedé tambien sin cenar, y por mucho favor del coime pasé la noche en un lanceo del truco, donde no extrañé los saltos de las pulgas y ratas, las chinchas, la música de los desentonados ronquidos de los compañeros, el pestifero zahumerio de sus mal digeridos alimentos, el porfiado canto y aleteo de un maldito gallo que estaba á mi cabecera, lo mullido del colchon de tablas, ni ninguna de cuantas incomodidades proporcionan semejantes posadas provisionales.

En fin, amaneció el día, se levantaron todos tratando de desayunarse con aguardiente, según costumbre, y yo adivinando qué haria para meter algo debajo de las narices, porque por desgracia, estaba con un estómago robusto que deseaba digerir piedras y no tenía con que consolarlo.

En tan tristes circunstancias, me acordé que aun tenía rosario con su buena medalla de plata y unos calzoncillos blancos de bramante casi nuevos. Me despejé de todo en un rincón, y como cuando tenía hambre vendía barato, al primero que me ofreció un peso por ambas cosas se las solté prontamente antes que se arrepintiera.

Me fui á un café donde me hice servir una taza del tal licor con su correspondiente mollete, y á la vuelta dejé en el bodega dos reales y medio depositados para que me diesen de comer al medio día: compré medio de cigarros y me volví al traquito con cuatro reales de principal, pero aliviado del estómago y contento porque tenía segura la comida y los ciguros para aquel día.

Fueron juntándose los cofrades de Birjan en la escuela, y cuando hubo una porción considerable, se pusieron á jugar alegremente. Yo me acomodé en el mejor lugar con todos mis cuatro reales y comenzaron á correrse los alhures.

Empecé á apostar de á medio y de á real, según mi caudal, y conforme iba acertando, iba subiendo el punto con tan buena suerte, que no tardé mucho en verme cuatro pesos de ganancia y mi medalla que re-caté.

No quise exponerme á que se me arrancara tan presto como el día anterior, y así sin decir ahí quedan las llaves, me salí para la calle y me fui á almorzar.

Después de esta diligencia, comencé á vagar de una parte á otra sin destino, casa, ni conocimiento, pensando qué haria, á donde me acomodaria siquiera para asegurar el plato y el techo

Así me anduve toda la mañana, hasta cosa de las dos de la tarde, hora en que el estómago me avisó que ya había cocido el almuerzo y necesitaba de refuerzo; y así por no desatender sus insinuaciones, me entré à la fonda de un meson donde pedí de comer de à cuatro reales, y comí con desconfianza por si no cenara à la noche.

Luego que acabé me entré al truco para descansar de tanto como había andado infructosamente, y para divertirme con los buenos tacos y carambolistas; pero no jugaban à los trucos, sino à los albures en un rincón de la sala.

Como yo no tenía mejor rato que el que jugaba à las adivinanzas, me arrimé à la rueda con alguna cisca, porque los que jugaban eran payos con dinero y ninguno tan mugriento y desarrapado como yo.

Sin embargo, así que vieron que el primer albur que aposté fué de à peso, y que lo gané, me hicieron lugar, y yo me determiné à jugar con valor.

No me salió malo el pensamiento, pues gané como cincuenta pesos, una nascada, una manga y un billete entero de nuestra Señora de Guadalupe.

Quando me ví tan habilitado, quise levantar me y salirme y aun hice el hincapié por mas de dos ocasiones; pero como me veía acertado, y había tanto dinero, me picó la codicia y me clavé de firme en mi lugar, hasta que cansada la suerte de serme favorable, volvió contra mí el naipe y comencé à errar à gran prisa, de manera que si lo que tenía lo había ganado en veinte albures,

o perdí todo en diez ò doce, pues quería adivinar à fuerza de dinero.

En fin, à las cuatro de la tarde ya estaba yo sin blanca, sin manga, sin nascada y hasta sin mi medalla. No me quedó sino el billete, que no hubo quien me lo quisiera comprar ni dándolo con pérdida de un real.

Se acabó el juego, cada uno se fué à su destino y yo me salí para la calle con un real ó dos que me dieron de barato.

Me encaminé à la Alcaicería al truquito de mi conocido, y despues de darle un real por la posada, me salí à andar las calles porque no tenía otra cosa que hacer. A las nueve de la noche cené de à medio, y me fui à acostar. Pasé una noche de los perros, lo mismo que la anterior. A otro día me levanté y me estuve asoleando en la puerta del truco hasta las diez, hora en que viendo que no había quien me convidara à almorzar, ni teniendo con quien ingeniarme, pues el que mas me ofrecía, era habilitarme sobre la camisa, la que no tuve valor de desnudarme, me fui à andar, fiado en el refrancillo que dice: perro que no anda no topa hueso.

Ya iba yo por esta calle, ya por la otra, sin destino fijo y sin serme de provecho tanto andar, hasta que pasando por la calle de Tiburcio ví mucha gente en una casa en cuyo patio había un tablado con dosel, sillas y guardias. Como todos entraban, entré tambien y pregunté ¿qué era aquello? Dijéronme que se iba à hacer la rifa de nuestra señora de Guadalupe. Al momento me acordé de mi billete, y aunque jamás había con-

fiado en tales suertes, me quedé en el patio, mas bien por ver la solemnidad con que se hacia la rifa, que por otra cosa.

En efecto se comenzó esta, y á las diez ó doce bolas fué saliendo mi número (que me acuerdo era 7596) premiado con tres mil pesos. Yo paraba las ojeas cuando lo estaban gritando, y cuando lo fijaron en la tabla hasta me limpiaba los ojos para verlo; pero cerciorado de que era el mismo que tenia, no sé cómo no me volví loco de gusto, porque en mi vida me habia visto con tanto dinero.

Sali mas alegre que la pasena florida y me encaminé para el truquito, porque por entónces no tenia mejores conocimientos que el coime y los concursantes del juego, pues aunque cada rato encontraba muchos de los que antes se decian mis amigos, unas veces hacia yo la del cohetero por no verlos de vergüenza, y otras, que eran las mas, ellos hacian que no me veian á mí, ó ya por no enfrentarse con mi pelage, ó ya por no exponerse á que les pidiera alguna cosa.

Fuíme pues, á mi conocido departamento, donde hallé ya formada la rueda de tahures y á mi amigo el coime presidiendo con su alcancia, cola, barajas, jabon, tijeras, y demas instrumentos del arte.

Como el dinero inflaba no sé qué extraño orgullo, luego que entré los saludé no con el cogimiento como antes, sino con un garbeto que parecia natural. ¡Cómo va, amigo coime! ¡Qué hay, camaradas! Les dije. El y ellos apenas alzaron los ojos á verme, y haciéndome un den-

que como la dama mas afligranada, volvieron á continuar su tarea sin responderme una palabra.

Yo entónces apreté las espuelas al caballo de mi vanidad, y como rabiaba para participarle mi fortuna, les dije: ¡Ola! ¡Ninguno me saluda, eh! Pero ni es menester. Gracias á Diosa que tengo mucho dinero y no necesito á ninguno de vdes. Uno de los jugadores que ese dia asistia á la mesa, me conoció, como que fué mi condiscipulo en la primera escuela y sabia mi pronombre, y al oír la fanfarronada mia, me miró, y como burlándose me dijo: ¡Oh Periquillo, hijo! ¡Tú eres! ¡Caramba! ¡Conque estás muy adinerado! Ven, hermano, siéntate aqui junto de mí, que algo mas me ha de tocar de tu dinero que á las ánimas.

Me hizo lugar y yo admití el favor; pero qué monada llevó él y los demás cuando advirtieron que dejé correr ocho ó diez albures y no aposté un real. Entónces el condiscipulo me dijo: pues dónde está el dinero, Periquillo! Está en libranza, dije yo. ¡En libranza!- Y muy segura, y no es de cuatro reales, sino de tres mil pesotes. Diciendo esto les mostré mi billete, y todos se echaron á reir no queriendo persuadirse de mi verdad, hasta que por accidente entró un billettero con una lista, y yo le supliqué me la prestara para ver si habia salido aquel billete.

De que el coime y los tahures vieron que era cierto lo que les habia dicho, toda la escena varió en el momento. Se suspendió el juego, se levantaron todos, y uno me da un abrazo, otro un beso, otro un apretón, y cada cual se empeñaba

por distinguirse de los demás con las demostraciones de su afecto.

La noticia sola de que iba á tener dinero, me hizo no haber menester nada desde aquel instante sin costarme blanca; porque me dieron de almorzar grandemente, me regalaron dos ó tres cajillas de cigarros finos, me facilitaron dinero para jugar, y eso empeñando sus capotes el coime y otros; bien que esto no lo quise admitir, dándoles las gracias con aire de rico, considerando que aquellos favores los dirigia el interés, y aun no tenia un peso cuando ya mi cabeza estaba llena de viento, y me pesaba la amistad de aquellos pobres trapientos.

Sin embargo, como los habia menester á lo menos aquel dia, permaneci con ellos ofreciendo á todos mi proteccion con intento de no cumplir á nadie mi promesa, y ellos me adulaban á porfia, confiando en que los tres mil pesos se repartirian entre todos á prorrata, y aun creo que ya estaban haciendo las cuentas de en lo que los habian de gastar.

Finalmente: comí, habí, cené y chupé todo el dia sin que me costara nada. A la noche no permitió el coime que durmiera en el banco pelado como las dos noches anteriores, sino que á fuerza me cedió su cama acostándose él sobre la mesa del truco, y apenas insinué que me incomodaba el canto del gallo, cuando lo echaron á la calle.

En un colchon, á lo menos, blando con sus sábanas, colcha y almohada no pude dormir; toda la noche se me fué en proyectos. A las cuatro de

la mañana me quedé dormido, y voluntariamente desperté como á las ocho del dia, advertí que ya estaban todos jugando y guardando un silencio poco usado entre semejante gente. Me aproveché de su atencion, me hice dormido y oí que hablaban sobre mí aunque en voz baja. Uno decia: yo tengo esperanzas de sacar todas mis prendas con esta lotería. Otro: sí de ese dinero no me hago capote, ya no me lo hice en mi vida. Otro: espero en Dios que en cuanto cobre señor Perico el dinero nos remediamos todos. Y cómo que sí, decia el coime; lo bueno es que él es medio creston: lo que importa es hacerle la barba.

Asi discurrían todos contra los pobres tres mil pesos, y yo que no veia las horas de cobrarlos, hice que me estiraba y despertaba. Alcé la cabeza y no los habia acabado de saludar, cuando ya tenia delante café, chocolate, aguardiente y bizcochos para que me desyunara con lo que apeteciera. Yo tomé el café, dí las gracias por todo y me fui á cobrar mi billete.

Querian hilbanarse conmigo diez ó doce de aquellos leperuscos; pero yo no sufrí mas compañía que la del condiscípulo, que ya no me decia Periquillo, sino Pedrito; y por fortuna de él advertí que no habló una palabra que manifestara interés á mi dinero.

Llegué con él á cobrar el billete, y no solo no me lo pagaron, sino que al ver nuestro pelage desconfiaron no fuera hurtado, y dándome el mismo número y un recibo, me lo detuvieron exigiéndome fiador.

¡Quién me habia de fiar á mí en aquellas tra-

zas, no digo en tres mil pesos, pero ni en cuatro reales? Sin embargo, no desespere: me fui para el meson donde habia jugado y comprado el billete dos días antes, y luego que entré y me conocieron los tahures y el coime, comenzaron á pedirme las albricias con muchas veras, porque el billeteo ya les habia dicho como habia salido premiado con tres mil pesos el número que habia vendido allí.

Yo al ver que sabian todos lo que les queria descubrir, les dije: camaradas, yo estoy pronto á pagar las albricias; pero es menester que vdes. me proporcionen un fiador que me han pedido en la lotería; pues como soy pobre, se desconfía de mí, y no se cree que el billete sea mio, y aun me lo han detenido.

Pues eso es lo de menos, dijo el coime: aquí estamos todos que vimos comprar á vd. el billete y el billeteo que lo vendió que no nos dejará mentir. A este tiempo entró el dueño del meson y sabedor del asunto, de su voluntad hizo llevar un coche, y mandándome entrar con él, fuimos á la lotería en donde quedé por mí y me entregaron el dinero.

Quando nos volvimos, me decia en el coche el señor que me hizo el favor de cobrarlo: amigo, ya que Dios le ha dado á vd. este socorro tan considerable por un conducto tan remoto, sepa aprovechar la ocasion y no hacer locuras, porque la fortuna no es muy celosa, y en donde no se aprecia no permanece.

Estos y otros consejos semejantes me dió, los que yo agradecí suplicándole me guardase mi di-

nero. El me lo ofreció así, y en esto llegamos al meson.

Subió el caballero mi plata dejándome cien pesos que le pedí, de los que gasté veinte á darles albricias al coime y compañeros, y comer muy bien con mi fámulo y condiscípulo que se llamaba Roque.

A la tarde me fui con él para el Parian, en donde compré camisa, calzones, chupa, capa, sombrero y cuanto pude y me hacia mas falta; y todo esto lo hice con la ayuda de mi Roque que me pintó muy bien. Volvimos al meson donde tomé un cuarto, aunque no habia cama, cené y dormí grandemente y me levanté tarde á lo rico.

Luego que nos desayunamos puse un recibo de á quinientos pesos y se lo envió al señor mi depositario, quien al momento me remitió el dinero, salí con cien pesos á poco andar hallé una casa que ganaba veinticinco pesos mensuales, la que tomé luego luego, porque me pareció muy buena.

Después me llevó Roque á casa de un almonedero con quien ajustó el ajuar en doscientos pesos, con la condicion de que á otro día habia de estar la casa puesta. Le dejamos veinte pesos en señal y fuimos á la tienda de un buen sastre, á quien mandé hacer dos vestidos muy decentes, encargándole me hiciera favor de solicitar una costurera buena y segura, la que el sastre me facilitó en su misma casa. Le encargué me hiciera cuatro mudas de ropa blanca lo mejor que supiera, y que fueran las camisas de estopilla y á proporcion lo demás: le dí al sastre ochenta pesos á buena cuenta y nos despedimos.

Roque me dijo, que él me serviría de ayuda de cámara, escribiente y cuanto yo quisiera, pero que estaba muy trapiento. Yo le ofrecí mi protección y nos volvimos á la posada.

Comimos muy bien, dormimos siesta, y á las cuatro me eché otros cien pesos en la bolsa y nos salimos al Parian, donde habilité á Roque de algunos trapillos regulares, y compré un reloj que me costó no sé cuanto; pero ello fué que me sobró un peso con que fuimos á refrescar, y despues volvimos al meson, saqué dinero y nos fuimos á la comedia.

Despues de ésta, cenamos en la fonda, tomamos vino y nos fuimos á acostar.

Así se pasaron cuatro ó cinco dias sin hacer mas cosa de provecho que pasear y gastar alegremente. Al fin de ellos entró el sastre al meson y me entregó dos vestidos completos y muy bien hechos de paño riquísimo: las cuatro mudas de ropa como yo las queria, y la cuenta, por la que salia yo restando ciento y pico de pesos. No me metí en averiguaciones, sino que le pagué de contado y aun le dí su gala. ¡Qué cierto es que el dinero que se adquiere sin trabajo, se gasta con profusion y con una falsa liberalidad!

A poco rato de haberse despedido el sastre, entró el almonedero avisando estar la casa ya dispuesta, que solo faltaba ropa de cama y criados: que si yo queria me lo facilitaria todo segun le mandara, pero que necesitaba dinero.

Díjale que sí: que queria las sábanas, la colcha, sobrecama y almohadas nuevas, una cocinera buena y un muchacho mandadero; pero cuanto

antes. Le dí para ello el dinero que me pidió y se fué.

Aquel dia lo pasé en ociosidad como los anteriores, y al siguiente volvió el monedero diciendome que solo mi persona faltaba en la casa. Entonces mandé ó Roque trajera un coche, y pasé á la vivienda de mi depositario tan otro y tan decente que no me conocia á primera vista.

Quando se hubo certificado de que yo era, me dijo: no me parece mal que usted se vista decente; pero seria mejor que arreglara su traje á su calidad, destino y proporciones. Supongo que por lo primero no desmerece vd. ese ni otro mas costoso; pero por lo segundo, esto es, por sus cortas facultades creeré que propasa los límites de la moderacion, y que á diez ó doce vestidos le ve el fin á su principal. Es cierto que el refran vulgar dice: «vistate como te llamas;» y así vd. llamándose Don Pedro Sarmiento y teniendo con qué, debe vestirse cómo Don Pedro Sarmiento, esto es, como un hombre decente pobre; pero ahora me parece vd. un marqués por su vestido, aunque sé que no es marqués ni cosa que lo valga por su caudal.

El querer los hombres pasar rápidamente de un estado á otro, ó á lo menos el querer aparentar que han pasado, es causa de la ruina de las familias y aun de los estados enteros. No crea vd. que consiste en otra cosa la mucha pobreza que se advierte en las ciudades populosas, que en el lujo desordenado con que cada uno pretende salirse de su esfera.

Esto es tan cierto como natural, porque si el

que adquiere, por ejemplo, quinientos pesos anuales por su empleo, comercio, oficio ó industria, quiere sostener un lujo que importe mil, necesariamente que ha de gastar los otros quinientos por medio de las drogas, cuando no sea por otros medios mas ilícitos y vergonzosos. Por eso dice un refran antiguo: «que el que gasta mas de lo que tiene, no debe enojarse si le dijeren ladrón.»

Las mujeres poco imprudentes no son las menos que contribuyen á arruinar las casas con sus vanidades importunas. En ellas es por lo comun en las que se ve el lujo entronizado. La mujer ó hija de un médico, abogado ú otro semejante quiere tener casa, criados y una decencia que compita, ó á lo menos iguale á la de una marquesa rica; para esto se compromete el padre ó el marido de cuantos modos le dicta su imprudente cariño, y á la corta ó á la larga resultan los acreedores; se echan sobre lo poco que existe; el crédito se pierde, y la familia perece. Yo he visto despues de la muerte de un sugeto, concursar sus bienes, y lo mas notable, haber tenido lugar en el concurso el sastre, el peluquero, el zapatero, y creo que hasta la costurera y el aguador, por que á todos se les debia. Con semejantes avispas ¡qué jugo les quedaria á los pobres hijos! Ninguno por cierto. Estos perecieron como perecen otros sus iguales. Pero ¡qué habia de suceder si cuando el padre vivia no alcanzaban las rentas para sostener coche, palco en el coliseo, obsequios á visitas, gran casa, galas y todos los desperdicios accesorios á semejantes francachelas! La flaga estuvo solapada en su vida: los respetos

de su empleo para con unos, y la amistad ó la adulacion para con otros de los acreedores, los tuvieron á raya para no cobrar con exigencia; pero cuando murió, como faltó á un tiempo el temor y el interes, cayeron sobre los pocos bienecillos que habian quedado, y dejaron á la viuda en un petate con sus hijos.

Este cuento refiero á vd. para que abra los ojos y sepa manejarse con su corto principalito sin disiparlo en costosos vestidos: porque si lo hace así, cuando menos piense, se quedará con cuatro trapos que mal vender y sin un peso en su baúl.

Fuera de que bien mirado, es una locura querer uno aparentar lo que no es, á costa de dinero, y exponiéndose á parecer lo que es en realidad con deshonor. Esto se llama quedarse pobre por parecer rico. Yo no dudo que vd. con ese traje dará un gatazo á cualquiera que no lo conozca; porque quien lo vea hoy con un famoso vestido, y mañana con otro, no se persuadirá á que su gran caudal se reduce á dos mil y pico de pesos, sino que juzgará que tiene minas ó haciendas, y como en esta vida hay tanto lisongero interesante, le harán la rueda y le prodigarán muchas y rendidas adulaciones; pero cuando vd. llegue, como debe llegar si no se aprovecha de mis consejos, á la última miseria, y no pudiendo sostener la cascarrito, conozcan que no era rico, sino un pelado vanidoso, entonces se convertirán en amarguras los gustos, y los acatamientos en desprecios.

Conque ya le he predicado amistosamente con Periquillo.—Tom. III.—7

la lengua y pudiera predicarle con el ejemplo. Veinte mil pesos cuento de principal: me ha venido la tentacion de tenerle una muy buena casa á mi mujer y un cochecito, y ya ve vd. que me sería fácil, pues todavía no me determino. Pero ¡qué mas! la muestra que vd. tiene sin disputa es mejor que la mía.

Acaso calificará vd. esta economía de miseria, pero no lo es. Yo tengo tambien mi pedazo de amor propio y vanidad como todo hijo de su madre, y esta vanidad es la que me tiene á raya. ¡Lo creará vd! Pues así es. Yo quisiera tener coche, pero este coche pide una gran casa, esta casa muchos criados, buenos salarios para que sirvan bien, y estos salarios fondos para que no se acaben en cuatro dias. A esto se sigue mucha y buena ropa, un ajuar excelente, media bajilla cuando menos, de plata; pa co en el coiseo, otro coche de gala, dos ó tres troncos de mulas buenas, lozanas y bien mantenidas, lacayos y todo aquello que tienen los ricos sin fatiga, y yo lo tendría cuatro dias con ansias moria es, y al cabo de ellos, como que mi principal no es suficiente, daría al traste con coches, criados, mulas, ropa y cuanto hubiera, siéndome preciso sufrir el sacrificio de haber tenido y no tener, á mas de los desprecios que tienen que sufrir los últimos indigentes.

Así es que no me resuelvo, amigo, y mas vale paso que dure que no tiote que cause. Yo no quiero que en mi sea virtud económica la que me contiene en mis límites, sino una refinada vanidad; sin embargo, el efecto es saludable pues no

debo nada á ninguno: no tengo necesidad de cosa alguna de las precisas para el hombre: mi familia está decente y contenta: no tengo zozobras de que se me arranque pronto, y disfruto de las mejores satisfacciones.

Si vd. me dijere que para tener coche no es necesario tener tanto boato como el que le pinté, diré que segun los modos de pensar de las gentes; pero como yo no habia de ser de los que tienen coche y le deben el mes á la cocinera, si se ofrece: de ahí es que para mí era menester mas caudal que para ellos, porque amigo, es una cosa muy ridícula ostentar lujo por una parte, y manifestar miseria por otra: tener coche y sacar mulas que se les cuenten las costillas de flacas, ó unos cocheros que parezcan júdas de muchachos; tener casa grande por un lado, y por otro el casero encima; tener baile y paseos por un extremo, y por otro extremo, acreedores, trampas y boletos del monteño á puñados.

No amigo: esto no me acomoda; y lo peor es que de estas ridiculeces hay bastantes en México y en donde no es México.

¡Pues qué le diré á vd. de un oficial mecánico ó de otro igual, que no contando sino con una ratería que adquiere con sumo trabajo, se nos presenta el domingo con casaca y el resto del vestido correspondiente á un hombre de posibles, y el lunes está con su capotillo de mala muerte! Qué diré de uno que vive en una accesoría, que le debe al casero un mes ó dos, cuya mujer está sin enaguas blancas y los muchachos mas llenos

de tiras que un espantajo de *milpa*, y él gasta en un paseo ó un almuerzo ocho ó diez pesos, teniendo tal vez que empeñar una prenda á otro día para desayunarse? Diré que son unos vanos, unos presumidos y unos locos; y esto mismo diré de vd. si le sucediere igual caso. Conque vd. hará lo que quiera, que harto le he dicho por su bien.

Yo me prendé de aquel hombre que tan bien me aconsejaba sin interes; pero no trataba de admitir por entónces sus consejos: y así dándole las gracias de boca, le prometí observarlos exactamente y le pedí mi dinero.

Diómelo en el momento, exigiéndome un recibo. Yo le dí veinticinco pesos como de albricias. Reusólos recibir muchas veces; pero yo porfié con tal tenacidad en que los tomara, que al fin los tomó; mas delante de mí cogió un clavo y un martillo y comenzó á señalarlos uno por uno, y concluida esta diligencia, los guardó en una gaveta de su escribanía.

Yo le pregunté ¿que para qué era aquella ceremonia? Y él me respondió que no había menester dinero; y así que lo guardaba para darle de limosna á un infeliz miserable. Pero siendo uno mismo cualquier dinero nuestro en su valor, le dije, no puede vd. darle otros pesos á ese pobre, y no esos propios que ha marcado? Eso tiene mucho misterio, me dijo, y quiera Dios que vd. no lo comprenda.

Con esto me despedí de él, cansado de tanta conversacion, y dándole el dinero á Roque nos

metimos en el coche con el almonedero, que ya estaba aburrido de esperarme.

Llegamos á mi casa, que la halle bastantemente limpia, provista y curiosa. Me posesioné de ella aunque no me gustó mucho la cuenta que me presentó, que para no cansarme en prolijidades, ascendió á no sé cuánto: ello es que en vestidos, ociosidades, albricias y casa ajuarada se gastaron en cu tro dias mil doscientos pesos.

Por mi desgracia la cocinera que me buscó el almonedero, fué aquella Luisa que sirvió de dama á Chanfaina y á mí.

Luego que el almonedero me la presentó la conocí, y ella me conoció perfectamente; pero uno y otro disimulamos. El almonedero se fué pagado á su casa: yo despaché á Roque á traer puros, y llamé á Luisa con la que me exployé á satisfaccion contándome ella cómo luego que salió de casa del escribano y él trás de mí, huyó ella del mismo modo que yo, y se fué á buscar sus aventuras en solicitud mia, pues me amaba tan tiernamente, que no se hallaba sin mí; que supo como Chanfaina no hallándola en su casa y estando tan apasionado por ella, se enfermó de cólera y murió á poco tiempo: que ella se mantuvo sirviendo ya en esta casa, ya en la otra, hasta que aquel almonedero, á quien habia servido, la habia solicitado para acomodarla en la mia, y que pues estados mudan costumbres, y ella me habia conocido pobre y ya era rico, se contentaria con servirme de cocinera.

Como el demonio de la muchacha era bonita y

yo no habia mudado el carácter picaresco que profesaba, le dije que no seria tal, que ella no era digna de servir sino de que la sirvieran.

En esto vino Roque, y le dije que aquella muchacha era una prima mia y era fuerza protegerla. Roque era buen pícaro, entendió la maña y me apoyó mis sentimientos. El mismo le compró buena ropa, solicitó cocinera, y cátenme vda. á Luisa de señora de la casa.

Yo estaba contento con Luisa; pero no dejaba de estar avergonzado, considerando que al fin habia entrado de cocinera, y que por mas que yo aparentara á Roque que era mi prima, él era harto vivo para ser engañado, y lejos de creerme, murmuraria mi ordinariez en su interior.

Con esta carcoma y deseando oír disculpado mi delito por su boca, un día que estábamos solos le dije: ¡qué habrás tú dicho de esta prima, Roque! Ciertamente no creerás que lo es, porque la confianza con que nos tratamos no es de primos, y en efecto, si has pensado lo que es, no te has engañado; pero amigo, ¡qué podía yo hacer cuando esta pobre muchacha fué mi valedora antigua, y por mí perdió la conveniencia que tenia, exponiéndose á sufrir una paliza ó á cosa peor! Ya ves que no era honor mio el abandonarla ahora que tengo cuatro reales; pero sin embargo, no dejo de tener mi vergüencilla, porque al fin fué mi cocinera.

Roque que comprendió mi espíritu, me dijo: eso no te debe avergonzar, Pedrito: lo primero, porque ella es blanca y bonita, y con la ropa que tiene nadie la juzgará cocinera, sino una mar-

quesita cuando menos. Lo segundo, porque ella te quiere bien, es muy fiel y sirve de mucho para el gobierno de la casa: y lo tercero, porque aun cuando todos supieran que habia sido tu cocinera y la habias ensalzado haciéndola dueña de tu estimacion, nadie te lo habia de tener á mal conociendo el mérito de la muchacha. Fuera de que, no es esto lo primero que se ve en el mundo. ¡Cuántas hay que pasan plaza de costureras, recamareras, etc., y no son sino otras Luissas en las casas de sus amantes amos! Conque no seas escuclso; diviértete y ensánchate ahora que tienes proporcion como otros lo hacen, que mañana vendrá la vejez ó la pobreza y se acabará todo antes de que hayas gozado de la vida.

Claro está que el diablo mismo no podia haberme aconsejado mas perversamente que Roque; pero ya se sabe que los malos amigos con sus infieus ejemplos y perniciosos consejos, son unos viciadiblos diligentisimos que desempeñan las funciones del maligno espíritu á su satisfaccion, y por eso dice el venerable Dutari, que debemos huir, entre otras cosas, de los demonios que no espantan, y estos son los malos amigos.

Tal era el pobre Roque, con cuyo parecer me descarté enteramente tratando á Luisa como si fuera mi mujer, y holgándome á mis anchuras.

Raro dia no habia en mi casa baile, juego, almuerzos, comilitonas y tertulias, á todo lo que asistian con la mayor puntualidad mis buenos amigos. ¡Pero qué amigos! Aquellos mismos bribones que cuando estaba pobre no solo no me

socorrieron, pero ya dije, que hasta se avergonzaban de saludarme.

Estos fueron los primeros que me buscaron, los que se complacian de mi suerte, los que me adulaban á todas horas y los que me comian medio lado. ¿Y que fuera yo tan necio y para nada, que no conociera que todas sus lisonjas las dictaba únicamente su interes sin la menor estimacion, á mi persona? Pues así fué, y yo estaba envaneido con las adulaciones, pagaba sus embustes á peso de oro.

No solo mis amigos y mis antiguas conocidas me incensaban, sino que hasta la fortuna parece que se empeñaba en lisonjearme. Por rara contingencia perdía yo en el juego; lo frecuente era ganar, y partidas considerables como de trescientos quinientos y aun mil pesos. Con esto gastaba amplamente, y como todos me lisonjaban tratándome de liberal, yo procuraba no perder ese concepto, y así daba y gastaba sin orden.

Si Luisa se hubiera sabido aprovechar de mis locuras, pudiera haber guardado alguna cosa para la mayor necesidad; pero fiada en que era bonita y en que yo la queria, gastaba tambien en profanidades, sin reflexionar en que podia acabársele la hermosura ó cansarse mi amor, y venir entónces á la mas desgraciada miseria; mas la pobre era una tonta coquetilla, y pensaba como todas sus compañeras.

Yo no hacia caso de nada. La adulacion era mi plato favorito, y como las sanguijuelas que me rodeaban advertian mi simpleza y habian

aprendido con escritura el arte de lisonjear y estafar, me lisonjeaban y estafaban á su salvo.

Apenas yo decia que me dolia la cabeza cuando todos se volvian médicos y cada uno me ordenaba mil remedios: si ganaba en el juego, no lo atribuian á casualidad, sino á mi mucho saber: si daba algun banquetito, me ensalzaban por mas liberal que Alejandro: si bebia mas de lo regular y me embriagaba, decian que era alegría natural: si hablaba cuarenta despropósitos sin parar, me atendian como á un oráculo, y todos me celebraban por un talento raro de aquellos que el mundo admira de siglo en siglo. En una palabra: cuanto hacia, cuanto decia, cuanto compraba, cuanto habia en mi casa, hasta una perrilla reñosa y una cotorra insulsa y gritadora, capaz de incomodar con su «car-can» al mismo Job, era para mis caros amigos (¡y qué caros!) objeto de su admiracion y sus elogios.

Pero ¡qué más, si Luisa misma se reía conmigo á solas de verse adular tan excesivamente! Y á la verdad tenia razon, pues el almonedero que me puso la casa, se hizo mi amigo, con ocasion de ir á ella muy seguido á venderme una porcion de muebles que le compré, y este mismo, luego que vió el trato que yo daba á Luisa, olvidándose de que él propio la habia llevado á mi casa de cocinera, la cortejaba, le hacia platos en la mesa, y con la mayor seriedad le daba repetidamente el trato de «señorita.»

Cuatro ó cinco meses me divertí, triunfé y tiré ampliamente, y al fin de ellos comenzó á serme ingrata la fortuna, ó hablando como cristia-

no, la Providencia fué disponiendo ó justificara el castigo de mis extravíos, ó piadosa el freno de ellos mismos.

Entre las señoras ó no señoras que me visitaban iba una buena vieja que llevaba una niña como de diez y seis años, mucho mas bonita que Luisa, y á la que yo á excusas de esta, hacia mil fiestas y enamoraba tercamente, creyendo que su conquista me seria tan fácil como la que habia conseguido de otras muchas; pero no fué así: la muchacha era muy viva, y aunque no le pesaba ser querida, no queria prostituirse á mi lascivia.

Tratábame con un estilo agridulce con el que cada dia encendia mis deseos y acrecentaba mi pasión. Cuando me advirtió embriagado de su amor, me dijo que yo tenia mil prendas y merecia ser correspondido de una princesa: pero que ella no tenia otra que su honor, y lo estimaba en mas que todos los haberes de esta vida: que ciertamente me estimaba y agradecia mis finezas: que sentia no poder darme el gusto que yo pretendia; pero que estaba resuelta á casarse con el primer hombre de bien que encontrara, por pobre que fuera, antes que servir de diversion á ningun rico.

Acabé de desesperarme con este desengaño, y concibiendo que no habia otro medio para lograrla que casarme con ella, le traté del asunto en aquel mismo instante, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron celebrados entre los dos los espousales de futuro.

Mi expresada novia, que se llamaba Mariana,

dió parte á su madre de nuestro convenio, y esta quiso con tres mas. Yo avisé política y secretamente lo mismo á un religioso grave y virtuoso que protegía á Mariana por ser su tío, y no me costó trabajo lograr su beneplácito para nuestro enlace; pero para que se verificara, faltaba que vencer una no pequeña dificultad, que consistía en ver cómo me desprendia de Luisa, á quien tenia yo conociendo su resolucion y lo poco que tenia que perder.

Mientras que adivinaba de qué medios me valdría para el efecto, no me descuidaba en practicar todas las precisas diligencias para el casamiento. Fué necesario ocurrir á mis parientes para que me franquearan mis informaciones. Luego que éstos supieron de mí con tal ocasion, y se certificaron de que no estaba pobre, ocurrieron á mi casa como moscas á la miel. Todos me reconocieron por pariente, y hasta el pícaro de mi tío el abogado fué el primero que me visitó y llenó varias veces el estómago á mi costa.

Ya las mas cosas dispuestas, solo restaban dos necesarias: hacerle las donas á mi futura, y echar á Luisa de casa. Para lo primero me faltaba plata, para lo segundo me sobraba miedo; pero todo lo conseguí con el auxilio de Roque, como vereis en el